



Nuestros clásicos hoy



CRECIMIENTO, DECRECIMIENTO Y LUCHA MINERA

86

Se presentan «Crecimiento de la población industrial a expensas de la agrícola», «Ruina de los pequeños productores», «La teoría populista de la imposibilidad de realizar la plusvalía» y «La teoría de la realización de Marx», cuatro apartados de la introducción a *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, escrito por Vladimir Ílich Uliánov en 1899. Citando frecuentemente los tres tomos de *El Capital*, Lenin discute la tesis principal de «los representantes de la economía populista»: la ruina de los pequeños productores reduce el mercado interior e imposibilita la realización de la plusvalía. Parece adecuado recordar este texto hoy, cuando el bipartidismo imperialista sitúa el debate en la relación entre *austeridad* y *crecimiento* (oferta y demanda, monetarismo y keynesianismo —véase el editorial de los números 26 y 29) y parte de los movimientos populares promueven el *decrecimiento*, en la convicción de que constituye una filosofía y una práctica incompatibles con el capitalismo.

Se ha prescindido de las notas al pie, pero hay cuatro de ellas especialmente importantes (en el texto se sitúan numeradas entre corchetes), que mostrarán la conexión teórica entre crecimiento y decrecimiento: diferentes soluciones a la misma problemática. Lenin señala, en la primera de ellas, la coincidencia entre los populistas rusos y los «románticos de Europa Occidental» en ignorar que el capitalismo forma el mercado interior apartando a la población de la agricultura (véase en el número 32 *Breve historia de la comuna campesina en el socialismo ruso del siglo XIX*, de Patricia García); y, también, haber tratado en profundidad la cuestión en el artículo *Contribución a la caracterización del romanticismo económico, Sismondi y nuestros sismondistas patrios* (véase, en el número 35, *Economía y política en Sismondi*, de Diego Guerrero). En la segunda recomienda la Sección III del Tomo II de *El Capital*, «donde se investiga de forma detallada la acumulación, la división de los artículos de consumo en artículos de primera necesidad y de lujo, la circulación monetaria, el desgaste del capital fijo, etc.». En las tercera y cuarta notas Lenin critica a Bernstein y a Tugan-Baranovski, revisionista y marxista legal respectivamente. Al primero por pensar que «el aumento del plusproducto debe significar *necesariamente* un aumento del número de acomodados» o «una elevación del bienestar de los obreros»; al segundo por considerar que la teoría sobre las crisis capitalistas de Marx se basa en el «insuficiente consumo», pasando por alto que en «el análisis de la realización se señalan los lazos existentes entre el consumo productivo y el personal» y que «los artículos de consumo desempeñan en la formación del mercado interior un papel menor que los medios de producción».

No habría, pues, que mirar tanto al carbón y más a la mina. Pero la clave para tratar el decrecimiento, como ideología, la indica Lenin en uno de los pasajes finales de la presente selección: «La contradicción entre la tendencia a un ensanchamiento ilimitado de la producción y el consumo limitado no es la única del capitalismo, que, en general, no puede existir y desarrollarse sin contradicciones». Es decir, si la superación del capitalismo conllevará la eliminación de la tendencia a la «*producción por la producción*», la tendencia a limitar el consumo de los *individuos desnudos*, o en proceso de que les dejen en cueros, es una tendencia del propio capitalismo que no requiere ayuda de los explotados.

El conflicto minero muestra a las claras la complejidad de las contradicciones del capitalismo y las consecuencias que tiene para los movimientos populares confundir contradicciones secundarias con principales y no-antagónicas con antagónicas. Como ejemplo de ello puede consultarse en la red el comunicado del grupo de Medio Ambiente de la Asamblea Sol (*respecto a las movilizaciones del sector del carbón*) y la respuesta de la Asamblea de Vivienda de Madrid (*Comunicado de apoyo a la lucha minera*).

En vez de analizar ambos textos, se destacará de entre varias —el carbón es caro porque tiene derechos detrás, no se ha hecho nada para aplicar métodos de captación del CO₂ en la quema del carbón, etc.— una cuestión planteada por Adrián Redondo, representante asturiano de CC.OO., en una de sus intervenciones en el debate semanal de La Tuerka CMI (*Los mineros enseñan los dientes*): Alemania sigue contando con 270.000 mineros y abriendo nuevas explotaciones. ¿Cómo explicar la insistencia en el fin de las ayudas públicas a la minería en España sin contar con la más mínima independencia energética?

En primer lugar porque el cierre de las minas puede llevar la intención de venderlas posteriormente a un precio más bajo. El criterio de Redondo está avalado tanto por lo sucedido en general con las privatizaciones de los 90' como, en particular, por la crisis de la minería a partir de los años 80'. Ésta abrió la puerta a inversores privados como Victorino Alonso, reservando para HUNOSA, participada al 100% por la SEPI (Sociedad Estatal de Participaciones Industriales), las explotaciones menos rentables. El Grupo Alonso es propietario actualmente de la Unión Minera del Norte y de Coto Minero Cantábrico, las dos principales empresas del sector. Ambas emplean a unos 2.000 trabajadores y producen 4 millones de toneladas de carbón, el 40% de la producción nacional. En segundo lugar porque, en el marco del ciclo de luchas sociales abierto por la crisis, servirá de preparación al Estado en otros conflictos laborales. Parece que tampoco le faltaba razón en esto: pocas semanas después de la emisión del programa, el Gobierno Rajoy ha anunciado el descuartizamiento y privatización de RENFE para 2013. En tercer lugar, por el modelo energético que promueven las élites europeas en cada uno de los países miembros de la UE y, sobre todo, del euro.

¿Guarda esto alguna relación con la *solución populista*, «la adquisición de mercado exterior», a la imposibilidad de realizar la plusvalía? Por cierto que no; queda demostrado en el texto. ¿Entonces? El imperialismo capitalista *desnuda* a los estados y crea mercado mundial, afirmación que permitirá sortear el último escollo para indicar por dónde puede ir la continuidad de la política proletaria, objeto de la sección *Nuestros Clásicos*.

Dice Marx, y subraya Lenin: «...si el modo de producción capitalista es un medio histórico para el desarrollo de la fuerza productora material, para crear el mercado mundial que corresponda a esa fuerza, al mismo tiempo es una constante contradicción entre su tarea histórica y las relaciones sociales de producción que le son propias». Otorgar, en esta contradicción, la primacía a las fuerzas productivas, en vez de a las relaciones sociales de producción, explica el síntoma léxico observable en el movimiento de separación que va del crecimiento al decrecimiento. Movimiento que podría denominarse *la pérdida de la fe de Bernstein* (para las relaciones entre la II Internacional y el 15-M véase el editorial del número 34). El carácter progresivo del capitalismo, afirmado por los clásicos del materialismo histórico, no hay que buscarlo solamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino, principalmente, en el internacionalismo proletario ligado a la formación del mercado mundial.

El decrecimiento, por tanto, comparte con el populismo ruso la caracterización del socialismo pequeño-burgués, a la vez reaccionario y utópico, que Marx hiciese en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Al menos en la medida en la que no lleva su crítica hasta las últimas consecuencias y reduce su potencial, que no hay que despreciar porque puede llegar hasta el planteamiento de líneas estratégicas para la organización mundial de la producción *no por la producción*, al localismo y a la vuelta a «sistemas precedentes de economía social».

En concreto: el apoyo al cierre de las minas por algunos sectores decrecentistas, o ecologistas en sentido amplio, defiende los intereses del capital financiero en la aceleración del proceso de integración europea de los monopolios. Apelar a presuntas razones universales, como la protección del medio ambiente, no impide que, a poco que no se sea cuidadoso, los intereses defendidos sean, en realidad,



los del capital bancario en el seno del capital financiero. En un momento en el que las clases explotadas se preparan para iniciar en las mejores condiciones un nuevo ciclo largo de reproducción ampliada, y un nuevo predominio del capital industrial sobre el bancario en el seno del capital financiero, es importante concluir con algunas palabras sobre la afirmación de Lenin de que «la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado» es «la antesala del socialismo». Ésta ha sido objeto de las lecturas más burdas posibles. En primer lugar, la evolucionista, la de los partidos comunistas de Europa Occidental, que llevó en los años 70' al eurocomunismo; y en segundo lugar la empirista, que, *por la vía de los hechos*, pretende haber mostrado su carácter erróneo. Lo matizado del pensamiento de Lenin al respecto puede probarse en

La consigna de los Estados Unidos de Europa (véase *Nuestros Clásicos* del número 17). Y, en definitiva, ¿qué quedaría de la crítica empirista si la historia desde la Revolución Rusa se concibe como un cúmulo de oportunidades perdidas? No duele en absoluto, a pesar del empeño en no ocultar la diferencia, dar la razón a los decrecentistas en que cada vez quedan menos. Si el papel de avanzadilla del capital industrial corre a cargo de personajes como Pedro Morenés (véase el editorial del número 35), no hay que dudar mucho de que la confluencia práctica será, durante un largo período de tiempo, más sencilla de lo que estas páginas pueden hacer pensar.

88

Esperando no haber agotado su paciencia, quedan ustedes con Lenin.



II. CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN INDUSTRIAL A EXPENSAS DE LA AGRÍCOLA

Como en la época precedente a la economía mercantil la industria transformativa va unida a la extractiva y a la cabeza de ésta se halla la agricultura, el desarrollo de la economía mercantil significa que de la agricultura se va separando una rama industrial tras otra. La población de un país de economía mercantil débilmente desarrollada (o no desarrollada en absoluto) es casi exclusivamente agrícola; de eso, sin embargo, no se debe deducir que se ocupa sólo de la agricultura: significa únicamente que la población ocupada en la agricultura transforma ella misma los productos de la agricultura, que son casi inexistentes el intercambio y la división del trabajo. El desarrollo de la economía mercantil significa, por tanto, *en ipso* que una parte cada vez mayor de la población se va separando de la agricultura, es decir, el crecimiento de la población industrial a expensas de la agrícola. «*Por su naturaleza misma, el modo capitalista de producción hace disminuir constantemente la población agrícola con respecto a la no agrícola, ya que en la industria (en el sentido estricto) el crecimiento del capital constante a cuenta del variable va ligado al crecimiento absoluto del capital variable a pesar de su disminución relativa. En la agricultura, por el contrario, el capital variable, requerido para cultivar un*

campo dado, disminuye en sentido absoluto; por consiguiente, el crecimiento del capital variable es sólo posible cuando se cultiva una nueva tierra, y eso presupone a su vez un aumento aún mayor de la población no agrícola» (*Das Kapital*, III, 2, 177. Trad. rusa, pág. 526). Así pues, no es posible imaginarse el capitalismo sin un aumento de la población comercial e industrial a expensas de la agrícola, y todos saben que ese fenómeno se pone de relieve de la manera más visible en todos los países capitalistas. Apenas si será necesario demostrar que la entidad de este hecho en el problema del mercado interior es enorme, pues va indisolublemente unida a la evolución de la industria y a la evolución de la agricultura; la formación de centros industriales, el aumento de su número y el hecho de que atraigan a la población no puede por menos de influir de la manera más profunda en toda la estructura del campo, no puede por menos de suscitar un auge de la agricultura comercial y capitalista. Tanto más notable es el hecho de que los representantes de la economía populista pasen por alto por completo esa ley en sus consideraciones puramente teóricas al igual que en las relativas al capitalismo en Rusia (sobre las particularidades de la manifestación de esta ley en Rusia hablaremos con detalle más adelante, en el capítulo VIII). En las teorías de los señores V. V. y N. -on referentes al mercado interior para el capitalismo se omite un pequeño detalle: el hecho de que la población se aparta de la agricultura para ir a la industria y la influencia que eso ejerce en la agricultura [1].

III. RUINA DE LOS PEQUEÑOS PRODUCTORES

Hasta aquí nos hemos referido a la simple producción mercantil. Pasamos ahora a la producción capitalista, es decir, suponemos que en lugar de simples productores de mercancías nos encontramos con el dueño de los medios de producción, por una parte, y con el obrero asalariado, vendedor de fuerza de trabajo, por otra. La transformación del pequeño productor en obrero asalariado presupone que ha perdido los medios de producción —tierra, instrumentos de trabajo, taller, etc.—, es decir, su “empobrecimiento”, su “ruina”. Existe el concepto de que esa ruina “reduce la capacidad adquisitiva de la población”, “reduce el mercado interior” para el capitalismo. No nos referimos aquí a los datos concretos relativos al curso de ese proceso en Rusia: en los siguientes capítulos los examinaremos con detalle. El problema se plantea ahora de manera puramente teórica, es decir, con respecto a la producción mercantil en general cuando se transforma en capitalista. Los escritores indicados plantean también la cuestión teóricamente, es decir, del solo hecho de la ruina de los pequeños productores deducen la reducción del mercado interior. Semejante criterio es del todo erróneo, y su tenaz subsistencia en nuestros trabajos de economía sólo puede explicarse por los prejuicios románticos del populismo. Olvidan que “liberar” a una parte de los productores de los medios de producción supone necesariamente el paso de estos últimos a otras manos, su transformación en capital; supone, por tanto, que los nuevos propietarios de esos medios de producción producen en forma de mercancías los mismos productos que antes eran consumidos por el productor mismo, es decir, que amplían el mercado interior: supone que, al ampliar su empresa, estos nuevos propietarios demandan al mercado nuevos instrumentos, materias primas, medios de transporte, etc., así como artículos de consumo (el enriquecimiento de esos nuevos propietarios supone lógicamente también el crecimiento de su consumo). Olvidan que para el mercado no es en modo alguno importante el bienestar del productor, sino el que este posea medios pecuniarios; que el empeoramiento del bienestar del campesino patriarcal que antes mantenía con preferencia una economía natural es del todo compatible con el aumento en sus manos de recursos pecuniarios, pues cuanto más se arruina más se ve obligado a recurrir a la venta de su fuerza de trabajo, mayor es la proporción de sus medios de existencia (aunque estos sean más míseros) que debe adquirir en el mercado. «Al liberar (de la tierra) una parte de la población rural se liberan también sus anteriores medios de subsistencia. Estos se transforman



ahora en elementos materiales del capital variable» (del capital invertido en la adquisición de fuerza de trabajo) (*Das Kapital*, I, 776). «Además de liberar junto con los obreros sus medios de subsistencia y su material de trabajo para el capitalista industrial, la expropiación y la expulsión de parte de la población rural *crea mercado interior*» (ibid., 778). Así pues, la ruina de los pequeños productores en la sociedad de la economía mercantil y del capitalismo en desarrollo significa, desde el punto de vista teórico abstracto, precisamente lo contrario de lo que quieren deducir los señores N. –on y V. V., significa creación, y no reducción, del mercado interior. Si este mismo Sr. N. –on —quien declara a priori que la ruina de los pequeños productores rusos significa la reducción del mercado interior— cita, pese a todo, las afirmaciones de Marx en sentido contrario, ahora aducidas (*Ensayos*, págs. 71 y 114), eso no hace más que demostrar la admirable capacidad de este escritor para refutarse a sí mismo con citas de *El Capital*.

IV. LA TEORÍA POPULISTA DE LA IMPOSIBILIDAD DE REALIZAR LA PLUSVALÍA

90 Otra cuestión en la teoría del mercado interior estriba en lo siguiente. Sabido es que el valor del producto en la producción capitalista se descompone en tres partes: 1) la primera compensa el capital constante, es decir, el valor que existía ya antes en forma de materias primas y materiales auxiliares, máquinas e instrumentos de producción, etc., y que sólo se reproduce en determinada parte del producto fabricado; 2) la segunda parte compensa el capital variable, es decir, cubre el sustento del obrero, y, finalmente, 3) la tercera parte constituye la plusvalía perteneciente al capitalista. De ordinario se acepta (exponemos la cuestión de acuerdo con los señores N. –on y V. V.) que la realización (es decir, el hallar un equivalente adecuado, la venta en el mercado de las dos primeras partes no ofrece dificultades, pues la primera va a parar a la producción y la segunda se destina al consumo de la clase obrera. Pero ¿cómo se realiza la tercera parte, la plusvalía? ¡No puede ser consumida enteramente por los capitalistas! Y nuestros economistas llegan a la conclusión de que la «salida de la dificultad» para realizar la plusvalía es la «adquisición del mercado exterior» (N. –on, *Ensayos*, sec. II. § XV en general y pág. 205 en particular; V. V. *Excedente de mercancías en el abastecimiento del mercado en Otéchestvennie Zapiski* de 1883 y *Ensayos de economía teórica*, San Petersburgo, 1895, pág. 179 y siguientes). La necesidad del mercado exterior para una nación capitalista la explican los mencionados autores alegando que de otro modo los capitalistas no pueden realizar los productos. El mercado interior se reduce en Rusia a consecuencia de la ruina de los campesinos y como resultado de la imposibilidad de realizar la plusvalía sin mercado exterior, y este último es inaccesible a un país joven, que entra demasiado tarde en el camino del desarrollo capitalista, ¡de ahí que la falta de base y vitalidad del capitalismo ruso se considere demostrada con el solo apoyo de consideraciones apriorísticas (y, además, teóricamente falsas)!

Al hacer consideraciones acerca de la realización, el Sr. N. –on tuvo, al parecer, en cuenta la doctrina de Marx al efecto (aunque no le menciona ni una sola vez en este lugar de sus *Ensayos*), pero no la comprendió en absoluto y la deformó hasta dejarla desconocida, como ahora veremos. Por eso ha ocurrido una cosa tan curiosa como que sus opiniones coincidan en todo lo fundamental con los puntos de vista del Sr. V. V., a quien en modo alguno puede acusársele de “incomprensión” de la teoría, pues constituiría la mayor de las injusticias sospechar en él el más mínimo conocimiento de la misma. Ambos autores exponen sus doctrinas como si fuesen los primeros en hablar de esta materia, llegando “con su propia inteligencia” a ciertas soluciones; ambos pasan por alto de la manera más majestuosa las consideraciones de los viejos economistas sobre el particular y ambos repiten los viejos errores, refutados del modo más circunstanciado en el II tomo de *El Capital*. Ambos autores reducen todo el problema de la realización del producto a la realización de la plusvalía, imaginándose, por lo visto, que la realización del capital constante no ofrece dificultades. Ese ingenuo concepto encierra el más profundo error, del que se derivan todos los restantes errores de la doctrina populista de la rea-

lización. En efecto, la dificultad de explicar la realización estriba precisamente en cómo explicar la realización del capital constante. Para ser realizado, el capital constante debe ser empleado de nuevo en la producción y ello es factible de manera inmediata sólo para el capital cuyo producto consiste en medios de producción. Si el producto que compensa la parte constante del capital está formado por artículos de consumo, es imposible su reversión directa a la producción, es preciso *el intercambio* entre el sector de la producción social que fabrica medios de producción y el que fabrica artículos de consumo. En este punto reside justamente toda la dificultad de la cuestión, que *no ha sido advertida* por nuestros economistas. El Sr. V. V. se imagina la cosa como si el objetivo de la producción capitalista no fuese la acumulación, sino el consumo, lanzándose a profundas consideraciones de que «a manos de la minoría llega una masa de objetos materiales superior a la capacidad de consumo del organismo» (*sic!*) «en el momento dado de su desarrollo» (l. c., 149), de que «no es la modestia y la abstinencia de los fabricantes lo que sirve de causa al exceso de productos, sino la limitación o insuficiente elasticidad del organismo humano (!!), que no logra ampliar su capacidad de consumo con la misma rapidez con que crece la plusvalía» (ibid., 161). El Sr. N. —on se esfuerza por presentar la cosa como si no considerase el consumo el objetivo de la producción capitalista, como si tomara en cuenta el papel e importancia de los medios de producción en el problema de la realización, pero, en realidad, no ha comprendido en absoluto el proceso de circulación y reproducción de todo el capital social y se ha embrollado en numerosas contradicciones. No nos detendremos a examinarlas todas con detalle (págs. 203-205 de los *Ensayos* del Sr. N. —on); es un trabajo demasiado ingrato (en parte cumplido ya por el Sr. Bulgákov en su libro *Los mercados en la producción capitalista*, Moscú, 1897, págs. 237-245); además, para comprobar este juicio que nos merecen las consideraciones del Sr. N. —on basta con examinar su deducción final: que el mercado exterior constituye la salida de la dificultad de realizar la plusvalía. Esa deducción del Sr. N. —on (en el fondo repetición simple de la del Sr. V. V.) muestra del modo más patente que no ha comprendido en absoluto ni la realización del producto de la sociedad capitalista (es decir, la teoría del mercado interior) ni el papel del mercado exterior. En efecto, ¿hay siquiera una partícula de sentido común en la idea de unir el mercado exterior al problema de la “realización”? El problema de la realización estriba en cómo encontrar para cada parte del producto capitalista, por su valor (capital constante, capital variable y plusvalía) y por su forma material (medios de producción, artículos de consumo, en particular artículos de primera necesidad y de lujo) otra parte del producto que la sustituya en el mercado. Claro es que en este caso debe hacerse abstracción del comercio exterior, pues el incluirlo no hace avanzar ni un ápice la solución del problema; no hace más que postergarla, planteándolo con relación a varios países en lugar de hacerlo con relación a uno solo. El mismo Sr. N. —on, que ha encontrado en el comercio exterior la «salida de la dificultad» para realizar la plusvalía, razona, por ejemplo, con respecto al salario, de la manera siguiente: con la parte del producto anual que en forma de salario reciben los productores directos, los obreros, «sólo puede retirarse de la circulación una parte de medios de subsistencia que por su valor equivalga a la suma total de los salarios» (203). Surge la pregunta: ¿de dónde sabe nuestro economista que los capitalistas de un país dado van a producir precisamente tantos medios de subsistencia y precisamente de tal calidad que puedan ser realizados por el salario? ¿De dónde sabe que, en este caso, sea posible pasarse sin mercado exterior? Está claro que no puede saberlo, que ha descartado sencillamente la cuestión del mercado exterior, pues en las consideraciones acerca de la realización del capital variable lo importante es la sustitución de una parte del producto por otra, y en modo alguno tiene importancia si esa sustitución tendrá lugar dentro de un país o dentro de dos. Sin embargo, cuando se trata de la plusvalía, renuncia a esa premisa necesaria y en lugar de resolver la cuestión se aparta sencillamente de ella hablando del mercado exterior. La venta misma del producto en el mercado exterior requiere ser explicada, es decir, que se encuentre un equivalente para la parte del producto a vender, que se encuentre otra parte del producto ca-



pitalista capaz de sustituir a la primera. Por eso dice Marx que «no es preciso tomar en cuenta en absoluto» el mercado exterior, el comercio exterior, cuando se examina el problema de la realización, pues «la introducción del comercio exterior en el análisis del valor del producto reproducido anualmente sólo puede confundir el asunto sin ofrecer un nuevo factor, ni para el problema mismo, ni para su resolución» (*Das Kapital*, II, 469). Los señores V. V. y N. –on se imaginaban haber emitido un profundo juicio de las contradicciones del capitalismo al señalar las dificultades para realizar la plusvalía. En realidad, han enjuiciado las contradicciones del capitalismo de manera en extremo superficial, pues si se habla de “dificultades” de la realización, de las crisis que con este motivo surgen, etc., es preciso reconocer que esas “dificultades”, además de posibles, son necesarias con respecto a todas las partes del producto capitalista y en modo alguno con respecto sólo a la plusvalía. Las dificultades de ese género, dependientes de la falta de proporcionalidad en la distribución de las distintas ramas de la producción, brotan constantemente no sólo al realizar la plusvalía, sino también al realizar el capital variable y el constante; no sólo en la realización del producto en artículos de consumo, sino también en medios de producción. Sin “dificultades” de este género y sin crisis en general no puede existir la producción capitalista, producción de productores aislados para el mercado mundial, desconocido por ellos.

VI. LA TEORÍA DE LA REALIZACIÓN DE MARX

92

De lo arriba expuesto se desprende lógicamente que las premisas fundamentales sobre las que se alza la teoría de Marx están constituidas por las dos tesis siguientes. Primera: todo el producto de un país capitalista, al igual que el producto aislado, consta de las tres partes siguientes: 1) capital constante, 2) capital variable y 3) plusvalía. Para quien conozca el análisis que del proceso de la producción del capital hace Marx en el primer tomo de *El Capital*, esta tesis se sobreentiende. Segunda: es preciso diferenciar dos grandes sectores de la producción capitalista: la producción de medios de producción, de artículos que sirven para el consumo productivo, es decir, para emplearlos en la producción, y que no los consumen los hombres, sino el capital (primer sector), y la producción de artículos de consumo, es decir, de artículos destinados al consumo personal (segundo sector). «En esta sola división hay más sentido teórico que en todas las controversias anteriores relativas a la teoría de los mercados» (Bulgákov, l. c., 27). Cabe preguntar por qué es necesaria semejante división de los productos según su forma natural precisamente ahora, al analizar la reproducción del capital social, cuando el análisis de la producción y reproducción del capital individual ha podido prescindir de ella, dejando por completo a un lado lo relativo a la forma natural del producto. ¿Con qué fundamento podemos introducir la cuestión de la forma natural del producto en la investigación teórica de la economía capitalista, asentada por completo en el valor de cambio del producto? Ello es porque al analizar la producción del capital individual se prescindió de la cuestión de dónde y cómo será vendido el producto, de dónde y cómo serán adquiridos los artículos de consumo por los obreros y los medios de producción por los capitalistas, como algo que no proporcionaba nada para este análisis y que no tenía que ver con él. En aquel caso debía ser examinada sólo la cuestión del valor de los elementos de la producción por separado y del resultado de ésta. Ahora, en cambio, el problema estriba precisamente en esto: ¿de dónde tomarán los obreros y capitalistas los artículos de su consumo?, ¿de dónde tomarán los últimos los medios de producción?, ¿de qué manera el producto obtenido cubrirá todas estas demandas y permitirá ampliar la producción? No encontramos aquí sólo, por consiguiente, la «reposición del valor, sino también la reposición de la forma natural del producto» (*Stoffersatz. – Das Kapital*, II, 389); por ello es absolutamente imprescindible la diferenciación de los productos, que desempeñan un papel muy heterogéneo en el proceso de la economía social.

Una vez tenidas en cuenta estas tesis fundamentales, el problema de la realización del producto social en la sociedad capitalista no ofrece ya dificultades. Supongamos, al principio, la reproducción simple, es decir, la repetición del proceso de producción en la escala anterior, la ausencia de acumulación. Es evidente que el capital variable y la plusvalía del segundo sector (existentes en forma de artículos de consumo) se realizan por el consumo personal de los obreros y capitalistas de ese sector (pues la reproducción simple supone que se consume toda la plusvalía y que ninguna parte de ella se transforma en capital). Sigamos: el capital variable y la plusvalía, existentes en forma de medios de producción (primer sector), deben ser, para su realización, cambiados por artículos de consumo para los capitalistas y obreros ocupados en preparar los medios de producción. Por otra parte, tampoco el capital constante, existente en forma de artículos de consumo (segundo sector), puede ser realizado más que por el cambio en medios de producción para emplearse de nuevo en la producción al año siguiente. De esta manera se obtiene el cambio del capital variable y de la plusvalía contenidos en los medios de producción por capital constante en artículos de consumo: los obreros y capitalistas (en el sector de medios de producción) obtienen así los medios de subsistencia, y los capitalistas (en el sector de artículos de consumo) venden su producto y obtienen capital constante para la nueva producción. Dentro de la reproducción simple, estas partes que se intercambian deben ser iguales entre sí: la suma del capital variable y de la plusvalía contenidos en los medios de producción debe equivaler al capital constante en artículos de consumo. Por el contrario: si suponemos la reproducción en escala creciente, es decir, la acumulación, la primera magnitud debe ser mayor que la segunda, porque debe disponerse de un sobrante de medios de producción para comenzar la *nueva* producción. Volvamos, sin embargo, a la reproducción simple. Nos había quedado aún sin realizar una parte de producto social: el capital constante contenido en los medios de producción. Este se realiza en parte mediante el intercambio entre los capitalistas del mismo sector (por ejemplo, la hulla se cambia por hierro, pues cada uno de estos productos sirve de material o de instrumento necesario en la producción del otro), y en parte mediante su empleo directo en la producción (la hulla, por ejemplo, extraída para consumirse en la misma empresa a fin de extraer más hulla; la simiente en la agricultura, etc.). Por lo que se refiere a la acumulación, su punto de partida es, como hemos visto, el sobrante de medios de producción (que se toman de la plusvalía de los capitalistas de este sector), el cual requiere también la transformación en capital de parte de la plusvalía contenida en los artículos de consumo. Consideramos superfluo el examen detallado de cómo esta producción suplementaria se une a la reproducción simple. No nos proponemos un examen especial de la teoría de la realización, y es suficiente lo dicho para aclarar el error de los economistas populistas y para permitirnos extraer ciertas conclusiones teóricas sobre el mercado interior [2].

Con respecto al problema del mercado interior, que es el que nos interesa, la deducción principal de la teoría de la realización de Marx es la siguiente: el crecimiento de la producción capitalista y, por consiguiente, del mercado interior no se efectúa tanto a cuenta de los artículos de consumo como a cuenta de los medios de producción. Dicho con otras palabras, el crecimiento de los medios de producción aventaja al crecimiento de los artículos de consumo. Efectivamente: hemos visto que el capital constante en los artículos de consumo (segundo sector) se cambia por capital variable + plusvalía en los medios de producción (primer sector). Pero, según la ley general de la producción capitalista, el capital constante crece con más rapidez que el variable. Por consiguiente, el capital constante contenido en los artículos de consumo debe crecer con más rapidez que el capital variable y la plusvalía contenidos en los mismos artículos, mientras que el capital constante en los medios de producción debe crecer con la mayor rapidez, aventajando tanto al aumento del capital variable (+ la plusvalía) en los medios de producción como al del capital constante en los artículos de consumo. El sector de la producción social que fabrica medios de producción debe, por consiguiente, crecer con más rapidez que el que produce artículos de consumo. De esta manera, el crecimiento del mercado



interior para el capitalismo es, hasta cierto grado, “independiente” del crecimiento del consumo personal, verificándose más a cuenta del consumo productivo. Sería, sin embargo, erróneo comprender esa “independencia” en el sentido de que el consumo productivo se halla desligado por completo del personal: el primero puede y debe crecer con más rapidez que el segundo (a ello se reduce su “independencia”), pero se comprende que, a fin de cuentas, el consumo productivo queda siempre ligado al personal. Marx dice al particular «Hemos visto (libro II, sec. III) que tiene lugar una circulación constante entre capital constante y capital constante...» (Marx se refiere al capital constante en los medios de producción que se realiza a través del cambio entre los capitalistas de este mismo sector) «...la cual, por una parte, es independiente del consumo individual en el sentido de que nunca entra en este último, pero que, sin embargo, se halla limitada en fin de cuentas por el consumo individual, pues no se produce capital constante simplemente por producirlo, sino sólo por el hecho de que este capital constante se emplea más en las ramas de la producción cuyo productos entran en el consumo individual» (*Das Kapital*, III, I, 289. Trad. rusa, pág. 242).

94

Este mayor empleo de capital constante no es otra cosa que una mayor altura del desarrollo de las fuerzas productivas expresada en términos del valor de cambio, pues la parte principal de los “medios de producción”, que se desarrollan rápidamente, está formada por materiales, máquinas, instrumentos, edificios e instalaciones de toda clase para la gran industria y, especialmente, para la industria maquinizada. Por ello es perfectamente lógico que, al desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad, al crear una gran producción y una industria maquinizada, la producción capitalista se destaque también por una ampliación particular del sector de la riqueza social que forman los medios de producción: «A ese respecto (es decir, en la preparación de medios de producción) la sociedad capitalista no se distingue en modo alguno del salvaje por aquello donde ve la diferencia Senior, quien supone que el salvaje tiene el privilegio especial de invertir a veces su trabajo de tal manera que no le proporciona ningún producto transformable en ingreso, es decir, en artículo de consumo. En realidad, la diferencia estriba en lo siguiente:

a) La sociedad capitalista emplea una mayor parte del trabajo anual que se encuentra a su disposición en producir medios de producción (capital constante, por tanto), que no pueden ser descompuestos en ingreso ni en forma de salario ni en forma de plusvalía, y que sólo pueden funcionar en calidad de capital.

b) Cuando el salvaje hace un arco, flechas, martillos de piedra, hachas, cestos, etc., comprende con toda claridad que el tiempo así invertido no lo ha empleado en producir artículos de consumo, es decir, comprende que ha satisfecho su necesidad de medios de producción y nada más» (*Das Kapital*, II, 436. Trad. rusa 333). Esta “clara conciencia” de su relación con la producción se ha perdido en la sociedad capitalista como consecuencia del fetichismo a ella inherente, que presenta las relaciones sociales de los hombres como relaciones de productos, resultado de la transformación de cada producto en mercancía producida para un consumidor desconocido y que debe realizarse en un mercado desconocido. Y como al patrono le es indiferente en absoluto el género del objeto que producir —todo producto proporciona “ingresos”—, este punto de vista superficial, individual, fue asimilado por los teóricos de la economía con relación a la sociedad en su conjunto, e impidió comprender el proceso de reproducción de todo el producto social en la economía capitalista.

El desarrollo de la producción (y, por consiguiente, del mercado interior) a cuenta más que nada de los medios de producción parece algo paradójico y constituye, indudablemente, una contradicción. Es una auténtica “producción para la producción”, la ampliación de la producción sin la correspondiente ampliación del consumo. Pero esto no es una contradicción de la doctrina, sino de la vida real: es, precisamente, una contradicción que corresponde a la naturaleza misma del capitalismo y a las restantes contradicciones de este sistema de economía social. Justamente esa ampliación de la producción sin la adecuada ampliación del consumo

corresponde a la misión histórica del capitalismo a su estructura social específica: la primera estriba en el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad; la segunda excluye la utilización de estas conquistas técnicas por la masa de la población. Entre la tendencia ilimitada a ampliar la producción, propia del capitalismo, y el limitado consumo de las masas populares (limitado en virtud de su estado proletario) hay, sin duda, una contradicción. Precisamente la deja sentada Marx en las tesis que los populistas aducen de buen grado como supuesta confirmación de sus puntos de vista con respecto a la reducción del mercado interior, al carácter no progresivo del capitalismo, etc., etc. He aquí algunas de esas tesis: «Contradicción en el modo de producción capitalista: los obreros, como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero la sociedad capitalista tiene la tendencia a limitarlos al precio mínimo, como vendedores de su mercancía, de fuerza de trabajo» (*Das Kapital*, II, 303).

«... Las condiciones de realización... están limitadas por la proporcionalidad de las diferentes ramas de la producción y por la fuerza de consumo de la sociedad... Cuanto más se desarrolla la fuerza productiva más entra en contradicción con la estrecha base en que descansan las relaciones de consumo» (ibíd, III, 1, 225-226). «Los únicos límites en los que puede verificarse la conservación y el incremento del valor del capital, basado en la expropiación y empobrecimiento de las masas de productores, caen constantemente en contradicción con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir su objetivo y que tienden a un ilimitado ensanchamiento de la producción, al desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales, métodos que se plantean la producción como fin que se basta a sí mismo... Por eso, si el modo de producción capitalista es un medio histórico para el desarrollo de la fuerza productora material, para crear el mercado mundial que corresponda a esa fuerza, al mismo tiempo es una constante contradicción entre esa su tarea histórica y las relaciones sociales de producción que le son propias» (ibid, III, I, 232. Trad. rusa, pág. 194). «La última causa de todas las crisis reales es siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas, que se oponen a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si el límite de su desarrollo fuese sólo la capacidad de consumo absoluta de la sociedad» [3] (III, 2, 21. Trad. rusa, 395). En todas estas tesis se hace constar la indicada contradicción entre el ilimitado afán de ampliar la producción y el limitado consumo, y nada más [4]. No hay nada más absurdo que deducir de estos párrafos de *El Capital* que Marx no admitía la posibilidad de realizar la plusvalía en la sociedad capitalista, que explicaba la crisis por el insuficiente consumo, etc. El análisis de la realización en Marx demuestra que, «a fin de cuentas, la circulación entre capital constante y capital constante está limitada por el consumo personal», pero ese mismo análisis demuestra el verdadero carácter de dicha "limitación", demuestra que los artículos de consumo desempeñan en la formación del mercado interior un papel menor que los medios de producción. Fuera de ello, no hay nada más absurdo que deducir de las contradicciones del capitalismo su imposibilidad, su índole no progresiva, etc.; eso significa ponerse a cubierto de la realidad desagradable, pero evidente, en las alturas celestiales de los sueños románticos. La contradicción entre la tendencia a un ensanchamiento ilimitado de la producción y el consumo limitado no es la única del capitalismo, que, en general, no puede existir y desarrollarse sin contradicciones. Las contradicciones del capitalismo atestiguan su carácter históricamente transitorio, ponen en claro las condiciones y causas de su descomposición y transformación en la forma superior, pero en modo alguno excluyen la posibilidad del mismo ni su carácter progresivo en comparación con los sistemas precedentes de economía social.